

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

Escuchando a las élites de la sociedad, viendo viejos edificios de iglesias abandonadas en toda Europa, y observando la decadencia social, uno podría pensar que el cristianismo, como fe e influencia en el mundo, ya está destinado a la historia.

Ciertamente, desde el siglo XVIII con la Ilustración, ha habido un esfuerzo constante en casi todas las ramas del conocimiento humano, primero, para redefinir el cristianismo (decir que la verdad se alcanza por la razón y no por la fe), y después, para eliminarlo (decir que no hay verdad). En efecto, la iglesia ha sido dañada por el avance del liberalismo teológico (que pone las Escrituras bajo las ideas y emociones humanas), y así, muchas congregaciones han muerto lentamente.

Sin embargo, bajo el radar aparecen estadísticas alentadoras, no solo para los cristianos, sino también para quienes valoran los beneficios que el cristianismo ha dado al mundo. Según el Pew Research Center, los cristianos que profesan su fe se cuadruplicaron, llegando a más de 2 mil millones entre 1918 y 2018, sin recurrir a la violencia o a sobornos para convertir a la gente. Al mismo tiempo, el ateísmo, aunque ruidoso, sigue luchando por ganar terreno. De hecho, aumentan los reportes de bautismos masivos en Estados Unidos y de jóvenes de la Generación Z en el Reino Unido que están regresando a la fe cristiana. El cristianismo no tendrá la misma apariencia que antes, con catedrales en las plazas, pero nunca estuvo en sus edificios, sino en su pueblo. Eso enseña la Biblia.

Por lo tanto, es un error dar por muerto al cristianismo. Fundado en la verdad del Hijo de Dios, y en su promesa de estar con sus seguidores hasta el fin de los tiempos (Mateo 28:20), la iglesia cristiana es una de las pocas instituciones con futuro garantizado (junto con la familia y la autoridad civil, que son ordenadas por Dios). Por eso, con confianza en el poder de Dios para salvar y guardar a su pueblo, en 2025 celebramos el 1700 aniversario del Concilio de Nicea (año 325 d.C.), considerado el primer concilio ecuménico de la iglesia cristiana. Ese evento fue una gran victoria para el cristianismo y mostró que no solo se convertiría en una fe

global, sino que había llegado para quedarse.

EL TRIUNFO SOBRE LA INCRECULIDAD

Fortalecida por la resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la iglesia creció rápidamente desde 120 discípulos en Jerusalén y 500 en Galilea (Marcos 16:7; I Corintios 15:6; Hechos 1:15). Por mandato de Cristo, el evangelio se extendió desde Jerusalén, a Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra (Hechos 1:8).

De hecho, al final de la vida del apóstol Pablo, el evangelio ya había llegado a Roma, la capital del mundo conocido, y en los siguientes tres siglos se expandió por todo el Imperio Romano, transformando la sociedad, pues tanto judíos moralistas como paganos gentiles creyeron en Jesucristo.

EL TRIUNFO SOBRE LA PERSECUCIÓN

La persecución comenzó pronto en Jerusalén. Sin embargo, Dios la usó para empujar a su pueblo a salir y llevar las buenas noticias de Cristo (Hechos 8:1-4).

Cuando los gentiles empezaron a creer, el cristianismo perdió la protección legal que tenía bajo el judaísmo. Así, en los siguientes tres siglos, los cristianos sufrieron diez grandes persecuciones romanas.

Pero como dijo el padre de la iglesia, Tertuliano: "La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia." Cuanto más mataban a los cristianos, más gente era atraída por el amor de Dios y de su pueblo.

Las persecuciones terminaron con el Edicto de Milán (313 d.C.). Luego, en 324, el emperador romano Galerio, en su lecho de muerte, emitió un edicto de tolerancia, reconociendo que aunque habían prohibido a los cristianos adorar a Dios como él ordenaba, no habían logrado que volvieran a las creencias de sus antepasados, ni que dejaran de seguir su propia fe. A gran costo, los cristianos habían resistido las órdenes de Roma.

Por la gracia de Dios, el cristianismo sigue aquí para quedarse. Nada lo destruye: ni los ataques a la Biblia, ni la persecución a los seguidores de Cristo, ni siquiera cuando el error se infiltra en la iglesia.

***"Somos más que vencedores, por medio de aquel que nos amó."
(Romanos 8:37)***

LA PRUEBA DEL CRISTIANISMO

O t r o
triunfo

del cristianismo fue el desarrollo de su doctrina. Jesús había prometido a sus discípulos que cuando viniera el Espíritu Santo, les enseñaría todas las cosas (Juan 14:26). Así, en los primeros siglos, la comprensión de la iglesia sobre el evangelio se profundizó y se amplió.

Al principio, los primeros defensores de la fe estaban ocupados en responder a los ataques de judíos y paganos. Pero poco a poco, la doctrina cristiana se fue desarrollando mediante el estudio de las Escrituras y la necesidad de responder a nuevas ideas y errores. Para el siglo III, esto fue especialmente evidente en las doctrinas sobre Dios y sobre Cristo.

EL CONCILIO DE NICEA

En el año 324 d.C., cuando el emperador Constantino tomó el control de los territorios del este, se encontró con una controversia muy extendida que había comenzado en Alejandría, África del Norte, probablemente en 318. Esta controversia involucraba a un líder importante de la iglesia (presbítero) llamado Arrio (250–336). Arrio enseñaba que Cristo no era el Hijo eterno de Dios, sino simplemente una criatura.

Para los no cristianos esto podría parecer poco importante, pero negar la divinidad eterna de Cristo no solo menosprecia su gloria, sino que también debilita el evangelio. Sin su divinidad, Cristo no tiene poder para salvarnos de nuestros pecados.

El obispo de Alejandría, Alejandro (aprox. 312–328), comprendió la gravedad de la situación, al igual que los 100 obispos egipcios que destituyeron a Arrio. Sin embargo, para ese momento, Arrio había huido a Palestina, donde siguió difundiendo sus enseñanzas.

Al principio, Constantino, sin comprender la importancia fundamental de este asunto para la existencia y difusión del evangelio, buscó reconciliación. Como esto no funcionó, convocó a todos los obispos del imperio a la ciudad de Nicea en Asia Menor (actual Iznik, Turquía). Con la persecución ya terminada, entre 200 y 300 obispos, principalmente del este, viajaron sin obstáculos para reunirse con Constantino en Nicea.

Un pequeño grupo apoyaba completamente a Arrio, liderado por Eusébio de Nicomedia; otro grupo pequeño apoyaba totalmente al obispo Alejandro, liderado por Eustacio de Antioquía y Marcelo de Ancira; y la mayoría, liderada por el historiador de la iglesia Eusébio de Cesarea, opinaba que el Hijo de Dios era solo “como” (*homoiousios*) Dios Padre. El concilio resultante, de gran importancia histórica, duró

de mayo a julio de 325.

EL Credo NICENO

Los obispos no empezaron de cero, sino que, siguiendo la propuesta de Eusébio, tomaron el credo bautismal que se usaba en su iglesia y decidieron adaptarlo. El credo de Eusébio era teológicamente correcto, pero no era suficiente para refutar las afirmaciones de Arrio: que Cristo no existía hasta que fue engendrado por el Padre, que fue creado de la nada, y que, siendo cambiante, tenía una sustancia (*hipóstasis*) diferente a la del Padre. Por eso, el Concilio redactó una denuncia clara y universal contra Arrio:

Creemos en un solo Dios, el Padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles e invisibles;

Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado del Padre, unigénito, es decir, de la misma sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado, no creado, de la misma sustancia que el Padre, por medio de quien todas las cosas fueron hechas, las que están en el cielo y las que están en la tierra;

Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, se encarnó y se hizo hombre, sufrió, resucitó al tercer día, ascendió al cielo y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos; Y en el Espíritu Santo.

Pero aquellos que dicen: “Hubo un tiempo en que Él no existía”, o “Antes de nacer no existía”, o que afirman que el Hijo de Dios tiene una hipóstasis o

sustancia diferente, o que fue creado, o que está sujeto a cambio o alteración, la Iglesia católica y apostólica los anatematiza.

LAS CONSECUENCIAS DEL CONCILIO DE NICEA

El Credo de Nicea expresó de manera correcta los puntos más importantes de la enseñanza bíblica. Credos posteriores dirían más, especialmente el Credo Niceno-Constantinopolitano de 381, que añade: que el Espíritu es “*el Señor, el dador de vida; que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado; que habló por los Profetas. Y la Iglesia Católica y Apostólica. Reconozco un solo Bautismo para el perdón de los pecados; y espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero. Amén.*” Sin embargo, el credo de 325 fue el primero en obtener autoridad universal en la iglesia.

Tener autoridad universal, sin embargo, no significa que haya éxito universal. Desde entonces, han surgido grupos y líderes que niegan la unidad de Dios (como los mormones) o el Hijo eterno de Cristo (como los Testigos de Jehová).

Aun así, el Concilio de Nicea ayudó a distinguir la teología y cristología bíblicas de lo que es falso. Esto no es un logro pequeño, porque conocer la verdad doctrinalmente es un primer paso para conocer la verdad (Jesús) personalmente. Esto es vital, porque, como Él dijo, la verdad nos hace libres (Juan 8:32). [Fresco, c.1600, *Speranza*, Roma, Biblioteca del Vaticano, Primer Concilio de Nicea, www.churchtimes.co.uk/articles/2024/15.]



LA ENSEÑANZA DEL CRISTIANISMO

Dado que la verdad de Dios es permanente, no es sorprendente que el resumen de la enseñanza bíblica en el Credo de Nicea haya sobrevivido 1,700 años.

LA TRINIDAD

Con las palabras “creemos”, el Concilio afirmó que es la creencia universal de los cristianos que hay un solo Dios en todo el universo y en toda la historia: el que hizo tanto lo visible como lo invisible. En ningún momento el Credo busca probar este monoteísmo, pero tampoco lo hace la Biblia (Génesis 1:1; Juan 1:1). Dios ha grabado de manera imborrable en nuestro ser el conocimiento de él (Romanos 1:18-20).

Así, hechos a imagen de Dios, hacer otros dioses para adorar es innecesario e impío. Aunque conocemos a Dios a través de la creación (Salmo 8:3-5; 19:1-4), no podemos conocerlo personalmente a menos que, por gracia, él se nos revele. Qué maravilloso es que lo haya hecho a través de su Hijo. El Credo incluye dos detalles vitales sobre Él:

- *La divinidad del Hijo:* Él es “engendrado del Padre”. Esta frase bíblica nos dice, en un lenguaje que entendemos como humanos, que el Hijo comparte la misma sustancia que el Padre. En esencia, el Padre, el Hijo y el Espíritu son igualmente y eternamente el único Dios. Si alguno de ellos dejara de ser divino, Dios dejaría de ser Dios. Para contrarrestar la herejía aria, el Credo de Nicea insiste en que el Hijo “es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios”.

- *La exclusividad del Hijo:* Además, el Credo proclama que aquel que se hizo hombre es el único en nuestra carne que es eternamente divino. Él es, dice el Credo, el “unigénito”. Como algunos podrían interpretar “engendrado” como creación, el Credo aclara que el Hijo fue “engendrado, no creado” (cf. Juan 1:1). De todos los que dicen salvar, el Hijo posee exclusivamente la misma sustancia que el Padre. Siendo no creado, ha sido eternamente engendrado, lo que afirma que siempre ha sido de la misma sustancia que el Padre (y el Espíritu).

Por lo tanto, el hombre tiene “un solo Señor”. Lo conocemos como Jesucristo, Hijo de Dios, el único por medio de quien existen todas las cosas en el cielo y en la tierra, y por medio de quien podemos conocer a Dios.

EL SALVADOR

Existen innumerables razones que explican por qué el Hijo de Dios es el único Salvador de los pecadores. Obviamente, su divinidad lo califica de manera única para serlo. Solo él pertenece a la Deidad y fue ordenado para venir y ser nuestro Salvador.

El Hijo, entonces, es el Cristo, el que fue ungido con gracia, verdad y poder para salvar a los pecadores. Con este fin,

recibió en su concepción por el Espíritu Santo en el vientre de María un alma humana y comenzó a desarrollar un cuerpo humano. Mientras tanto, José supo que su prometida estaba embarazada y recibió la indicación de llamar al niño Jesús (que significa Salvador). **“Él [y solo él] salvará a su pueblo de sus pecados”** (Mateo 1:21).

Este Salvador de los pecadores, según el Credo, es divino (Señor), con poder único para salvar; ungido (Cristo), con autoridad para salvar; y humano (Jesús), capaz de sustituirnos llevando nuestros pecados.

Por lo tanto, afirmamos oficialmente como iglesia universal que no necesitamos ni deseamos ningún otro “Salvador”. En el Señor Jesucristo tenemos a uno que, sin importar el número de religiones o sectas, es suficiente para salvarnos por completo. Los obispos de Nicea simplemente repitieron la afirmación del apóstol Pedro de que no hay salvación en otro: **“Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”** (Hechos 4:12).

LA SALVACIÓN

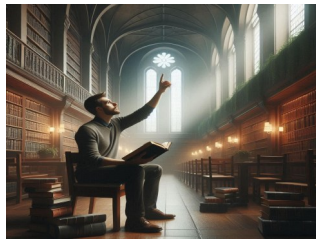
La naturaleza de la salvación no se discutió ampliamente hasta Anselmo, Arzobispo de Canterbury (1033–1109), y luego durante la Reforma Protestante del siglo XVI. Sin embargo, en el Credo de Nicea podemos identificar tres principios de la gracia salvadora de Dios

(favor inmerecido):

- *La gracia de Dios fue planeada:* La encarnación fue premeditada, combinando la sabiduría divina y la increíble gracia para la salvación de los pecadores. Dice el Credo: “por nosotros los hombres [nuestro pecado y miseria] y por nuestra salvación [nuestra necesidad e incapacidad de salvarnos]” el Hijo de Dios “bajó, se hizo carne y se hizo hombre.”

- *La gracia de Dios se manifestó:* Aunque la salvación requiere que quien cargue nuestro castigo sea uno de nosotros, el Credo, en contra del liberalismo del siglo XIX, deja claro que solo por su muerte en nuestro lugar podemos ser salvados. Además, solo por su resurrección en nuestra carne tenemos la prueba de que su expiación fue aceptada en el cielo; y solo por ascender al cielo en nuestra carne tenemos a alguien que intercede por nosotros con empatía (Hebreos 4:14–16).

- *La gracia de Dios se concede:* El Credo dice poco sobre el Espíritu Santo, más allá de que los cristianos creen universalmente en él. Más tarde, la iglesia subrayaría la divinidad del Espíritu y especialmente su personalidad. Sin embargo, la mención del Espíritu nos recuerda que es por él que la obra del Hijo de Dios se aplica a los pecadores. Él les da vida espiritual y los dones de arrepentimiento y fe, uniéndolos a Cristo y abriéndoles la filiación con Dios. Además, el Espíritu les da testimonio de que el evangelio es verdadero y que los que vienen a Dios por medio de Cristo llegan a pertenecer a Dios.



Información Postal:

EL SABOR DEL CRISTIANISMO

La verdad revelada por Dios es esencial para el cristianismo. Por eso, no nos disculpamos por profundizar en ella. Conocer la verdad escrita en las Escrituras (Juan 17:17), personificada en Cristo (Juan 14:6) y resumida como en el Credo de Nicea, es, espiritualmente, una cuestión de vida o muerte.

Así, el cristianismo ofrece a través de Cristo más que una filosofía (una búsqueda incierta del sentido de la vida) y más que una religión (el intento del hombre de llegar a Dios). Más bien, ofrece una promesa divina: si nos volvemos a Dios desde nuestros pecados y descansamos en nuestro Salvador sufriente para obtener perdón, no solo seremos perdonados, sino transformados, y tendremos una vida eterna que sobrevive a la tumba.

Podemos leer, entonces, sobre el triunfo del cristianismo, su prueba y su enseñanza, pero si no probamos realmente el evangelio de Cristo, no nos beneficiaremos del cristianismo. Más bien, perderemos la satisfacción eterna.

SATISFACCIÓN INTELECTUAL

Volverse a Dios satisface porque nos abre vistas que de otro modo no podríamos ver. Como dice el autor de Hebreos: “la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (11:1). Por la fe podemos ver más allá de lo visible.

Describir lo que vemos por fe no es fácil. Por ejemplo, tratamos de explicar cómo pueden existir tres personas en un solo Dios. Usamos el trébol de tres hojas, porque cada hoja tiene tres pétalos, y decimos que Dios es como el agua, que puede ser líquida, hielo o vapor. Sin embargo, Dios trasciende estas ilustraciones, porque cada persona de la Deidad posee toda la esencia de Dios al mismo tiempo. Para que la ilustración sirviera, cada hoja del trébol tendría que ser el trébol completo al mismo tiempo, y la misma agua tendría que ser líquido, hielo y vapor al mismo tiempo.

En lugar de intentar comprimir a Dios en mentes finitas, el cristiano, a diferencia de las sectas, se alegra en declarar a Dios como Él se ha revelado. La Palabra de Dios enseña que cada persona de la Deidad habita mutuamente en la otra (Juan 17:21; Colosenses 1:19)—los griegos llaman a esto *perichore-*

sis, los latinos *circumincessio*—y que, en Cristo, nosotros estamos en Dios (Juan 17:21) y Él está en nosotros (Gálatas 4:6). Así, hay satisfacción intelectual al saber que los misterios de la fe son consistentes con la grandeza de Dios.

SATISFACCIÓN ESPIRITUAL

Si la doctrina de Dios no fuera verdadera, tendríamos que adorar a quien la inventó. Lo mismo ocurre con la doctrina de Cristo. Él es completamente Dios y completamente hombre, poseyendo dos naturalezas en una sola persona, sin mezclarlas (Cristo convirtiéndose en un hombre divinizado o un dios humano) ni separarlas (Cristo convirtiéndose en dos personas). Frente a un misterio así, el consejo del puritano Thomas Watson es adecuado: “Donde la razón no puede nadar, la fe debe nadar.”

Mientras que muchos en los últimos siglos han buscado satisfacción en la razón, Dios quiere que a través de la fe encontremos contentamiento en Cristo. La fe descansa en la divinidad de Cristo, porque sus señales y milagros nos aseguran su poder para salvarnos de nuestros pecados; sus profecías nos muestran su intención y deseo de hacerlo; y su capacidad de resucitar de entre los muertos nos confirma su éxito indudable (Juan 10:17).

La fe también descansa en la humanidad de Cristo, agradecida de que uno tan divino pudiera morir por nosotros; que pueda sentir nuestras debilidades (Hebreos 4:14-16); y que nos muestra bajo la sombra de qué cruz nos llama a vivir.

SATISFACCIÓN EN LA VIDA

Además, al humillarnos ante Dios y confesar nuestra necesidad de Cristo, Dios nos levanta con gracia a una nueva vida. En ella encontramos nuestro verdadero propósito, y por la obra del Espíritu de Dios ahora vivimos con un objetivo más claro y elevado: glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre.

Así, ningún creyente auténtico termina su vida deseando no haberse hecho cristiano. En Cristo tenemos un verdadero sentido de plenitud, sabiendo que, cualesquiera que sean los desafíos que nos refinan, nos preparan para lo mejor que está por venir.

Que tú también llegues a conocer a Dios. ¡Él está listo para salvarte!

PRÓXIMO NÚMERO: 1 DE DICIEMBRE